



TATIANA ȚÎBULEAC

CUANDO SEAS FELIZ, GOLPEA TÚ PRIMERO

Traducción del rumano a cargo de Marian Ochoa de Eribe

IMPEDIMENTA

Hoy se cumplen seis meses desde que juré que no volvería a beber. Y Haim. Y *Ella*. Y otras cosas. Una noche llena de juramentos, aquella noche. Seis meses de nada, absolutamente nada, que no me han librado de los lunares del cuello, no me han humedecido la libido, no me han motivado a vivir más o con alguien en concreto. Y, ya que ha salido el tema, debo confesar lo que más me fastidia: seis meses en los que ni siquiera he ahorrado, porque cuando no bebo, como, como hasta atiborrarme. En otras palabras, seis meses en los que no se ha cumplido nada de lo prometido por Benoît Gérard, Rue de Bagnolet, 15, un imbécil.

Para espantar la idea de beber, como ahora, me lavo los dientes hasta hacerme sangrar y salgo al bosque a correr. Mi correr es, en realidad, un caminar furioso, una rabia en movimiento, y el bosque, un parque rebosante

de orugas y ratas cerca de mi casa. Sin embargo, *bosque* suena mejor que *parque*, y *correr*, mejor que *caminar*; suena a resolución y denota determinación, y resolución y determinación son los mejores amigos del exalcohólico incipiente.

El objetivo de esta actividad, manifiestamente inútil, no es ni de lejos desintoxicar el organismo, como creen los principiantes. Tampoco recuperar la salud, como fingen los mediadores. Ni siquiera la purificación de la mente, como piensan los ingenuos como yo, que han cometido errores toda la vida, pero están convencidos de que pueden arreglarlos con unos cuantos ejercicios intensos para el trasero. El objetivo es el agotamiento. Escurrirte hasta la última gota, eliminar hasta la última pizca de placer y atormentarte tanto que llegues a asquearte a ti misma, que te asquee esa persona en la que te has convertido. Cuanto más desprecies aquello en lo que te has convertido, mayor será la posibilidad de volver a ser lo que eras.

Cuando comprendí esto, después de unos dos meses de tormento diario, con la motivación hecha jirones y las encías como ubres, me derrumbé en las escaleras de mi casa y me eché a llorar. El problema es que yo no tengo nada que volver a ser. Yo ni siquiera tengo adonde regresar, tampoco nada que rectificar o aclarar, porque en todo mi pasado, en todos los lugares de respiro y de azul, una sola cosa no ha faltado nunca: el alcohol. Cuando bebo, puedo olvidar. Cuando bebo, mi padre se cuela dentro de mí y ahí ya no puede morir.

La mujer de Haim dice que en esos momentos debería pensar en las apariencias. En cómo se me velan los ojos y me revienta el hígado, en cómo se me engrosa la piel y

aumentan las posibilidades de tener cáncer en cualquier órgano. En cómo se multiplican los pólipos y los quistes y los tumores —esos seres pequeños y asquerosos— dentro de mí y en mí, y el resto cae. Caen las mejillas, caen los pechos, cae el hombre, en mi caso la mujer, lo que es todavía más grave, porque, una vez que ha caído, una mujer no se levanta jamás, solo se ahoga, se ahoga, se ahoga.

Yo pienso, en cambio, en todos los borrachos que conozco. Hombres que beben mucho y son respetados. Hombres que beben todo el tiempo y son geniales. Hombres que beben cuanto quieren, donde quieren, con quien quieren, pero siguen siendo hombres. Pienso en mi padre a mi edad, volviendo borracho e inconsciente a casa, unas veces lloroso, cada vez más a menudo golpeado, siempre con un poema nuevo en el bolsillo de la chaqueta. Mi padre escribía en sobres, en revistas, en las servilletas de la cantina. Escribía incluso en cortezas de abedul, solo por parecer bohemio, pero no lo parecía, porque un borracho solo puede ser bohemio cuando tiene mucho dinero, y él no tenía.

* * *

Renunciar a la botella no fue precisamente una elección, al igual que este amontonamiento de palabras, que saltan de mí como las escamas de los peces de Malik, es precisamente un recuerdo. He llegado a contar con los dedos de una mano las verdades en las que confío. Me llamo Mila. Mi padre me quiere. Nosotros tres no nos separaremos jamás. Pero tampoco en ellas confío demasiado. ¿Cuál de nosotros habla ahora? ¿Desde qué mundo?

En octubre me encontré en cuclillas en un aparcamiento, con una caja ante mí y las manos llenas de sangre. No recordaba cómo había llegado hasta allí, pero reconocí el supermercado que veo cada día desde el tren, de camino a casa de Haim. Mi primer pensamiento, reminiscencia de la juventud, fue una violación. Me toqué la entrepierna para ver si fluía algo, me miré la ropa, me palpé la boca. Si no era una violación, y no lo era, debía de ser dinero. Busqué el monedero en el bolsillo de los vaqueros y encontré el ticket. Acababa de pagar con tarjeta una caja de cinco kilos de *halva*.¹ Por primera vez en los últimos veinticinco años, sentí miedo.

Acababa de salir de un mes de borracheras atroces en las que, entre otras cosas, prometí empezar a ahorrar. Dejar de tomar cafés. Llevar siempre una botella de agua. No hacer la compra en el último momento, porque entonces me meto muerta de hambre en cualquier tienda y pago por un kilo de tomates lo mismo que por un caballo. Intenté convencerme de que había ido allí para ver si la comida —pero sobre todo la bebida— era tan barata como aseguraba Fima. O tal vez hubiera bebido hasta perder el sentido, como mi padre. Pensé incluso eso.

Aquello no cuadraba, no cuadraba en absoluto, porque yo odio los hipermercados, esos cementerios de los sentidos donde todo huele a podrido y a rancio, a sangre de animal y a cloro. Los odio porque es imposible que te salga más barato comprar tres en lugar de uno, leche en lugar de agua; es simplemente imposible que sea bueno

1. Dulce de origen oriental elaborado con frutos secos, pasta de sésamo, miel... (*N. de la T.*)

un lugar donde la carne abarrota los huesos, las frutas brillan como perlas y todo yace amontonado —carne entre ropa, entre cosméticos— como prueba de lo que ha llegado a significar el bienestar para una persona: comer basura, pero limpiarse el culo con papel perfumado.

El *halva*, sin embargo, me alegró tanto que me olvidé incluso de las manos lastimadas —como noté después, al intentar abrir la caja con las llaves— y del miedo que había sentido. Me senté en el bordillo de la acera y recordé las largas tardes en las que, esperando la cena, salíamos los tres al patio del bloque con una manzana o un troncho de col y describíamos con aire soñador qué compraríamos en cuanto consiguiéramos dinero. Tantos helados, tantos chicles, tantas cajas de Fanta. Tanto y tanto y tanto. El hecho de que, a unos metros de nosotros, las mujeres se afanaran pelando patatas de verdad, friendo pescado fresco y pollos aún tibios, sirviéndonos tazones de leche coronadas de nata y untándonos el pan con mantequilla rezumante de grasa, es decir, cocinando comida de verdad con alimentos de verdad, nos desagradaba. Nosotros éramos de ciudad y soñábamos con productos artificiales. Yo soñaba con *halva*. Con una montaña de *halva* que me comería yo sola, hasta sentir náuseas. Y allí estaba, en aquel aparcamiento miserable, mi único sueño cumplido.

En los meses que siguieron, volvió a ocurrir varias veces. No me despistaba todo el tiempo y no eran cosas importantes. Salía de casa, pero no sabía para qué. Me dirigía a la farmacia cuando lo que necesitaba era pan, o acababa en la cola de correos aunque haga un montón de años que no envío ni recibo una carta. Al principio, esos despistes no me alarmaron. Los tomé como

una señal de mi padre. También él fue olvidadizo toda la vida. También él buscaba mensajes divinos en cualquier detalle, en la pata deforme de un pájaro o en un tomate con forma de corazón. Además, como nunca me sucedía nada malo, empecé a esperar esos despistes, en cierto modo. Parecía que, abandonado a su suerte, mi cuerpo vivía, por fin, como quería.

Sin embargo, el invierno llegó como un enemigo y lo cambió todo. Un día, me olvidé a Haim debajo del puente. Otro, busqué por ahí unas mantas gruesas y cubrí con ellas la puerta y las ventanas. El asombro dio paso al miedo, el sueño se secó y mis amables fantasmas empezaron a pudrirse por la casa. Quedaba solo una cosa, que era lo que más miedo me daba, porque sabía que a eso me iba a resultar muy difícil renunciar, pero no tenía escapatoria. Al cabo de un mes, cuando me desperté casi congelada en una parada de autobús, vi a Donna. «¿Qué estás haciendo en esta ciudad que no te acepta?», me preguntó con la voz de mi padre y un brillo en la mirada.

* * *

«Estamos aquí para ayudar», me dijo en la primera visita el especialista en adicciones Benoît Gérard, un lechuguino con botas camperas. Cuando se les cede el poder, los hombres hablan en plural y no les da miedo mostrar sus debilidades. Estamos. Nos encanta. «Nos duele que nuestra profesión esté demonizada.»

Yo estaba contenta porque había llegado bastante rápido a su consulta en Drancy, que comparte jueves y viernes con un reflexólogo «y los miércoles con nadie», y aunque no esperara gran cosa de una consulta gratuita,

algo sí que esperaba. No comí nada por la mañana, por si tenían que hacerme un análisis de sangre, y preparé algunos recuerdos de mi padre vinculados a la bebida. No fue difícil, porque a los cincuenta años mi padre bebía todo el tiempo. Bebía en las terrazas. Bebía en la Casa de la Prensa. Bebía en la Unión de Escritores. Bebía más de lo que comía y más de lo que dormía. En fin, muchos ejemplos que nadie necesitaba.

Yo quería que Benoît Gérard me escuchara a mí y él quería que yo lo escuchara a él. Me habló sobre sus padres autoritarios. Sobre el deseo-refugio y el deseo-ven-ganza. Sobre la isla de Reunión, donde la vida era tan estrecha que una raya de cocaína le prometía a un joven un horizonte, y yo no había llegado todavía a mis despistes: a los fallos de memoria, a las alucinaciones, a la tentación del suicidio. Sabía, por supuesto, que bebía demasiado, pero lo que más me asustaba era la desesperación con la que había empezado a buscar el alcohol. Cuando quería beber, estaba dispuesta a salir de casa a medianoche y caminar varios kilómetros. A autolesionarme para poner una excusa en el trabajo. A pelearme con quien fuera. Le habría contado todo eso de un tirón, pero Benoît Gérard tenía otros métodos.

«¿Qué efectos le provoca la bebida?» «¿Qué tipo de alcohol prefiere?» «¿A qué imagen asocia el vino?» Un montón de pruebas estúpidas, supuestamente asociativas, que me recordaban a las clases de francés en la escuela, cuando, como yo ahora, Senea-drocilka² respondía rápido, pero mal, a todas las preguntas de la profesora.

2. En argot ruso, 'Senea el pajillero'. (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la autora.*)

«¡*Gagnant*, Senea, *ga-gnant*!», le gritaba Elena Vasilevna, exhausta, chistándonos a todos, como si fuéramos insectos, con su vara de madera. «Piensa un poco..., ¿qué haces tú en el gimnasio?» «El potro, la comba, *prisdānii*»,³ respondía él con la cabeza gacha, y nosotros, colorados de tanto reír, esperábamos la siguiente palabra, que por asociación solo podía ser *perdant*, lo que nos hacía reír incluso sin sus respuestas.

La fase tangible de la consulta fue otro espectáculo: Benoît Gérard me presentó como material didáctico un cráneo de plástico de colores. Retuve el hipocampo y el hipotálamo, porque uno se ocupa de la memoria y el otro, de la vejiga, y yo las tenía, sobre todo la segunda, llenas a reventar.

Después de aquel ping-pong inútil, me quedó claro que o bien él no era muy buen especialista, o bien yo no era alcohólica. Como de lo mío estaba segura, me levanté dispuesta a marcharme, y solo entonces dijo él algo que se me quedó grabado.

No le interesaba tanto lo bien que me sentía cuando bebía —que describí con metáforas y comparaciones, como le habría gustado a mi padre— cuanto el dolor que intentaba esconder bajo la bebida. «En la raíz de toda adicción, hay un trauma. ¿Cuál es nuestro trauma?», me preguntó también en plural, y a esas palabras he vuelto más de una vez. Al final, no me marché de allí con las manos vacías. De los folletos de su colega, el reflexólogo, aprendí que el punto de la garganta se encuentra en la base del dedo gordo del pie.

3. En ruso, 'sentadillas'.

Miro a la vieja que bebe agua y quiero vino. Miro la barriga de la embarazada y la veo llena de vino. Veo que no viene el tren y querría que viniera. Ayer hice de tripas corazón y se lo conté todo a Fima. No para que me aconsejara, por supuesto, sino para saber que lo sabe alguien más. De todas formas, Fima no me entiende y nada de lo que me dice tiene sentido para mí. La vida eterna, las habladurías de la gente, el pecado. Un ángel caído que vierte brea caliente en la garganta de los borrachos. Ella, como es creyente, se ve ya en el otro mundo, con sus santos, con sus balanzas, disfrutando de la recompensa por todas las buenas acciones que no ha hecho todavía. Yo, sin embargo, nunca tendré otra vida y tampoco la espero.

Yo quiero vivir esta como me merezco. Trabajar de lo que he estudiado, comer bien y poder dormir al menos los domingos, al menos hasta el mediodía. Me gustaría también disfrutar de fines de semana largos y vacaciones. Pintarme las uñas de rojo y veranear en la playa con un hombre sano, al que no tenga que cargar en una silla de ruedas o empujar entre los omóplatos. Un hombre que me vea y que desee lo que ve. Pero, como no tengo nada de lo que debería ser mío, al menos tenía el alcohol, que me arrastraba a través de esa negrura, como por un puente largo, hacia unos tragaluces iluminados donde tenía padres, Malik era mío y nosotras dos nos llamábamos por nuestro nombre. Ahora ni siquiera tengo eso.

«Date un bofetón y se te pasa», me aconsejó Fima. «Así murió también mi madre, y mi hermana, y mi abuelita, así mueren todas las mujeres que beben y lo ocultan. Mueren solas y meadas, sin dientes y sin familia, enterradas

por desconocidos que se quedan con su casa a cambio del ataúd, que se quedan con sus vestidos en lugar de donarlos, porque la ocasión hace al ladrón, no lo olvides, la ocasión hace al ladrón.»